

Laura Caldarola

En marzo se peinan  
las brujas

la esfera  de los libros

# UNO

El gimnasio está medio vacío. El monitor vaga por las salas, más aburrido que nunca; sigo preguntándome por qué no los eligen guapos. Todavía no he encontrado ningún monitor con el que me enrollaría, aparte de mi amigo Eugenio. Cada vez que estamos juntos noto la tensión sexual que hay entre nosotros, la resistimos solo porque nos parece estúpido estropear nuestra amistad. Nunca lo hemos hablado, pero sé que es así. Comenzaríamos a tener sexo una vez, luego otra y otra más, hasta que uno de los dos se enamorara y no quedara otra que poner fin precipitadamente y de mala forma, por supuesto.

Debajo de la pared de cristal que mira hacia el aparcamiento hay dos mujeres de mediana edad haciendo estiramientos sobre las colchonetas azules y hablan de comida. Una está muy animada defendiendo las lasañas caseras, mientras la otra prefiere las que están «*a la mercè*» medio hechas en el mostrador del supermercado. Me hacen recordar a mi abuela, una anciana muy bajita y delgada, tanto que podía coger-

la en brazos sin ningún esfuerzo. Cocinaba divinamente y lo hacía vestida impecablemente en su cocina de azulejos blancos y rojos. Como la mayoría de las mujeres del sur, era guapa, presumida y siempre iba bien peinada.

«Los habituales» están comentando los planes del sábado por la noche y quieren que me entere, a juzgar por el volumen de la conversación y las miradas que me lanzan. *Los habituales* es el apodo con el que les he bautizado; son un grupo de chicos que parecen vivir en este gimnasio, no se saltan un día, incluso los fines de semana están aquí. Lo sé porque soy *habitual* también.

Presumen de sus cuerpos más que las chicas y se creen muy guapos. Conmigo son amables, pero yo paso de ellos. A veces les miro de reojo levantar demasiado peso, esperando escuchar el golpe seco de una pesa caída. Las caras enrojecidas y apretadas en una mueca de dolor y los sonidos causados por el esfuerzo. ¡Son tan ridículos! Me pregunto si existe algo menos atractivo que este espectáculo y si una sola chica en esta sala se excitará. Lo dudo. Además, soy la única hoy.

Por fin he terminado con mis ejercicios y me falta solo la media hora de cinta. Todos los días hago el mismo entrenamiento: una hora de ejercicios con y sin pesas y media hora de cardio en la cinta de correr, que es lo que más me cuesta, se me hace eterno y aunque me han dicho que tengo corazón de atleta, siento mis pulmones sufrir con cada paso. Lo aguanto solo porque es el mejor entrenamiento para mantener mi silueta de modelo. Tengo una insana obsesión por la delgadez.

Siempre he estado muy delgada. Durante la pubertad tuve complejo de «rodillas para fuera», una invención de mi men-

te perversa, por lo que fui incapaz de ponerme faldas durante años, a pesar de la insistencia de mi madre.

La verdad es que tengo una genética envidiable, voy a cumplir treinta años pero mi cuerpo sigue pareciendo el de un chico de veintitrés más que el de una mujer hecha y derecha. A la gente eso no le gusta, siempre están aburriéndome con que me faltan kilos; sin embargo, yo me gusto así, con poco pecho y pocas curvas. Mi estereotipo se acerca más a los cánones de belleza del mundo de la moda, del cual formo parte desde que empecé a trabajar como estilista.

Me pongo los auriculares para animarme y lograr entrenar media hora más. La música me ayuda a evadirme y perderme en mis fantasías y así el tiempo pasa más rápido.

No puedo imaginar un mundo silencioso y las emociones sin banda sonora. Sería imposible sentir, tener miedo, tristeza, alegría. Todas las emociones, en lugar de amplificarse, serían estériles. La música ayuda a sacar todo lo que tenemos dentro, lo bueno y lo malo. Es terapéutica.

Pero hoy ni la música me anima, me siento sin energía, agotada y tengo ganas de irme de aquí. Bajo la velocidad de la cinta y sigo a un ritmo más tranquilo. Cada paso me lleva a una rítmica sensación de angustia, intento concentrarme en la canción número seis de mi lista Spotify y no pensar en las palabras de mis hermanas. Me entra un escalofrío que invade todo mi cuerpo. Paro la cinta de golpe, sin reducir gradualmente la velocidad y tengo que agarrarme para no caer. La música sigue alegrando mis oídos mientras, con la mirada perdida en el infinito, ayudándome con los dedos, hago un recuento mental.

Estoy disgustada conmigo misma por ser tan desorganizada con mis cosas personales. Mis amigas hasta se han bajado aplicaciones para tener bajo control la regla y yo nunca he apuntado en un calendario mis periodos y cabe decir que los ginecólogos lo recomiendan. Me voy a bajar la aplicación en cuanto salga para hacer un recuento detallado.

Rebobino el mes anterior como si fuera un viejo casete, intentando recordar la fecha de mi última regla. Se me escapa una sonrisa cuando llego al fin de semana trascurrido en Madrid.

—¿Perdona, has terminado? —me pregunta una chica. El gimnasio se ha llenado de gente sin que me diera cuenta.

—Sí. Toda tuya —le contesto. Recojo mi mochila negra y me marcho.

Camino hacia mi coche, un jeep estilo militar, de color verde botella, que iluminado por la luz del sol es aún más bonito.

Soy de las personas que le cogen cariño a los objetos y este coche es mi hogar de paseo, lleno de mis cosas, libros, un termo para el café y alguna prenda o zapatos para cambiarme. Además, me gusta conducir, sobre todo los viajes por la autopista desde Milán, donde vivo, hasta Novara, donde vive mi familia. Me relaja.

Me subo al coche y respiro profundamente. Huele a rosas, es el ambientador para armarios que he puesto en el cenicero. Me gusta que mi coche esté limpio y que huela bien. Lo cuido como hago con todas mis cosas, solo le falta un nombre, pero al no ser un barco me lo he ahorrado.

Vuelvo a concentrarme en mis cálculos. Estoy casi segura de que tengo un retraso de dos semanas más o menos, a pesar de que no me apunto las menstruaciones en el calendario, como hacen las chicas organizadas. Nunca ha sido irregular y cada veintinueve días *el marqués* viene a verme, a excepción de esta vez. Ha pasado el mes entero y no tengo ningún síntoma premenstrual.

Buscó el móvil en la mochila y marco el número de la pastelería del centro. Es nuestro negocio familiar, tenemos varios establecimientos diseminados por la ciudad. Mi hermana, a la que estoy llamando, es la encargada de uno de ellos.

—¿Hola?

Al oír su voz me entran ganas de llorar.

—*Sister*, soy Celeste. ¿Has cerrado ya o te quedas un poco más?

Solemos llamarnos «hermana» en inglés. Empezamos a hacerlo una noche en la que salimos los cuatro, Isa, Eli, Lucas y yo. Por tontería empezamos a hablar estilo callejero y a llamarnos así y sin darnos cuenta seguimos hasta que se convirtió en un hábito.

—Cierro en unos minutos y me voy a nadar.

—Me paso por ahí un momento. Espérame.

—Vale.

## DOS

Llegué a Novara anoche y fui directamente a casa de mis padres, todavía no he visto a mi hermana y tengo muchas ganas de estar con ella un rato.

Isa es mi hermana pequeña y la más disponible. Por ello aguanta su trabajo, yo no sería capaz. Sin embargo, ella está dotada de una paciencia infinita y de un gran sentido de la responsabilidad. Cuando era pequeña solía despertarme muchas veces por la noche y desvelarme; era una especie de insomnio debido a mi miedo a la oscuridad. Entonces despertaba a Isa, que dormía a mi lado. «Isa, Isa —la llamaba mientras la sacudía—. No puedo dormir, tengo miedo». En lugar de enfadarse por haberla despertado, ella, sin quejarse, se ponía a jugar conmigo. Nos sentábamos delante de la ventana, donde la luz de las farolas de la calle se filtraba débilmente y nos permitía ver las fichas de plástico blancas y rosas que se parecían a los engranajes de un reloj y en silencio inventábamos construcciones, bostezando de vez en cuando, hasta el amanecer.

Pongo el coche en marcha y me dirijo hasta el centro.

Novara, donde viven mis padres y mis hermanos, es una ciudad, pero lo bastante pequeña como para llegar a cualquier sitio en media hora como máximo. Tardo cinco minutos. Aparco justo enfrente del escaparate, por primera vez no me entra un hambre compulsiva solo de ver tantas delicias.

Isa está atendiendo a una señora mayor. Descubro que es la señora Carmen, cliente habitual y fan de mi hermana. Está comprando una gran cantidad de dulces de todo tipo para sus nietos, que están de visita. Carmen es una señora elegante y muy alta, de una altura inusual para su edad, y comparada con las señoras mayores que se ven por la calle, ella no parece haber llegado a la fase que llamo «menguar», o sea el momento en el que el cuerpo se encorva y disminuye con los años, como si quisiera volver al útero materno.

Habla sin parar con mi hermana y solo cuando se gira para coger un paquete de galletas de avena, se da cuenta de mi presencia. Sonríe y le pregunta a Isa:

—¿Esta chica es tu hermana? Os parecéis mucho.

—Sí, es mi hermana Celeste, vive en Milán, es la estilista.

Descubro que la señora Carmen fue durante años la mano derecha de un diseñador famoso y se ofrece a pasarme contactos, si los necesitara.

—Eres muy guapa, podrías trabajar como modelo también.

Sonrío. No es la primera que me lo dicen y cuando sucede no puedo evitar enrojecer de vergüenza. Me veo mona, pero tengo una relación conflictiva con mi imagen y las valoraciones físicas me ponen nerviosa.

—Gracias, pero no es lo mío. Me gusta más trabajar de estilista.

Saca el dinero de su bolso Hermès y se marcha, con dos bolsas llenas de dulces.

—Un placer conocerte, Celeste.

—Igualmente —le contesto, y cierro la puerta deprisa.

—Isa, creo que tengo un retraso. No estoy segura, pero hoy me noto rara, tengo como un presentimiento.

—Pues ve a la farmacia a comprar un test de embarazo, así te quedas más tranquila.

—Es que nunca me ha pasado, tengo una ansiedad... Voy a comprarlo. ¡Espérame aquí!

—¿Y adónde quieres que vaya? —me contesta, con los ojos mirando hacia el cielo.

En ciertas situaciones los nervios se adueñan de las palabras y de los movimientos del cuerpo. Me siento torpe y confundida, las manos me sudan. Camino hasta una farmacia que está a pocos metros.

—Buenos días. Necesito un test de embarazo por favor —susurro, mirando furtivamente a mi alrededor, como si estuviera atracando.

El señor detrás del mostrador me pregunta qué modelo deseo.

¡Y yo qué sé! ¿Por qué estas situaciones siempre coinciden con hombres en lugar de mujeres? Pasa lo mismo cuando necesitas condones o una pomada vaginal. Nunca te atiende una mujer. Si tienes suerte, te toca un señor con experiencia

que es mejor que el típico chico que acaba de terminar la carrera y está en prácticas y te mira con cara de complicidad como si supiera algún secreto y fuera tu cómplice.

—No sé, ¿qué diferencias hay?

—Pues mira, esto es más avanzado, te dice desde cuánto tiempo estás embarazada, el día de la concepción y...

Y te paga un psicólogo en caso de que el resultado sea positivo, ¿no? Me dan igual las prestaciones del test; si estoy embarazada, mi vida está arruinada para siempre. Quiero volver a la pastelería y hacerme el maldito test, descubrir que no estoy embarazada, tumbarme y caer en un sueño profundo hasta mañana.

Elijo un modelo intermedio; no es el más avanzado pero resulta fiable.

Esta vez no hay nadie en la pastelería, nos encerramos en el baño, como si alguien nos estuviera persiguiendo, probablemente mi conciencia.

El baño está en la parte trasera del obrador y mira hacia el patio interior del edificio. Abro la ventana y cojo aire hasta llenarme los pulmones, es fresco, me hace bien. Vuelvo a cerrar la ventana y suelto el aire de golpe. Me tiemblan las manos abriendo la caja del test. Me hace gracia pensar cómo voy a sujetarlo debajo del chorrito de orina.

Le paso a Isa el folleto con las instrucciones para que lo lea en voz alta.

Le echa un vistazo y se dirige a mi cara de miedo.

—Es muy sencillo —comenta con tono de profesora mientras cierra el folleto y lo apoya encima del lavabo—. Dos líneas rosas significan que estás embarazada, una sola

no. Ahora haz pis encima del palito. Ánimo, Celeste. —Me abraza.

Nunca imaginé que necesitara una buena dosis de valentía para sentarme en el inodoro. Hago pis sin tener necesidad física de hacerlo. Nuestro cerebro funciona muy bien en casos de emergencia, sabe cómo y cuándo hacer las cosas y ahora manda el estímulo a mi vejiga.

Isa está delante de mí, apoyada en el lavabo y con los pies cruzados, vestida con el uniforme del trabajo: camisa blanca y vaqueros azul clarito y un delantal que lleva el nombre de la pastelería bordado en otro tono de blanco. Me mira sin decir una palabra, pero está preocupada. Lo adivino en su expresión concentrada. Lleva el pelo recogido con una coleta y los labios pintados de un rojo claro. Es guapa, la que más se parece a mi madre; solo le faltan los ojos azules para ser su clon.

En el silencio del cuarto de baño, me parece oír el latido de mi corazón, seco y rápido, como si intentara salir de mi pecho.

## TRES

Las líneas rosas tardan pocos segundos en marcarse en la pantalla, menos del tiempo indicado en el folleto.

Se me llenan los ojos de lágrimas calientes pero no siento dolor, ni tristeza. Estoy asustada por fuera e inesperadamente feliz por dentro.

—Celeste... ¿por qué lloras y sonríes? ¿Estás o no?

Me había olvidado por un momento de que estaba Isa delante de mí esperando el veredicto. Le paso el test para que lo vea con sus ojos y me confirme lo que han visto los míos.

—¡Estás embarazada! —Nuestras miradas se encuentran.

—No me lo creo, Isa, es tan surrealista. Creo que debería hacer también el test más fiable.

Corro a la misma farmacia y noto otra vez la sensación extraña de felicidad, la que supongo se siente al descubrir que estás embarazada, pero en mi caso no hay mucho de que alegrarse. El farmacéutico no dice nada cuando le pido otro test, solo cuando estoy a punto de marcharme, se atreve a darme la enhorabuena.

—Gracias —le contesto, saliendo deprisa.

En lugar de las líneas, la pantalla pone embarazada de seis semanas y una carita feliz. Efectivamente, el farmacéutico tenía razón, este test es bastante más preciso.

Inmersa en mi sueño real, no me entero del timbre de la puerta; ha entrado un cliente y mi hermana desaparece dejándome sola.

Sola y embarazada de seis semanas.

Mi cuerpo de falsa adolescente está acogiendo un ser que en nueve meses será un niño. Mi hijo. ¿Qué quiere decirme la vida con esto? ¿Por qué me ha elegido a mí, que no estoy preparada para el papel de madre y además me gusta mi vida tal y como está, con mi novio, Alex... que no es el padre de esta criatura?

¿Por qué ahora y no hace unos meses, cuando con certeza habría sido suyo? Hubiéramos pensado que era un poco prematuro pero entraba en nuestros planes.

—Quiero tener un hijo pelirrojo como tú. —Le había dicho un día mientras estábamos tomando el café, sentados en la terracita de nuestro piso. Llevaba una de sus camisas blancas (siempre me gustó usar prendas de mis novios), sentada con una pierna doblada encima de la silla y fumaba un cigarro dando caladas rápidas. Era casi verano, hace un año más o menos.

Alex, que también estaba fumando, se había reído y me había contestado con un sencillo ok. Sé que quería tener un hijo conmigo, tal vez incluso más que yo, pero era precavido en las relaciones, no le gustaba ir deprisa; al contrario que yo, siempre lista para quemar etapas.

—¿Qué vas a hacer? —Mi hermana ha vuelto.

—No lo sé, decírselo a mamá y papá, supongo.

## CUATRO

Cerramos la tienda y con mi coche nos vamos a la pastelería donde trabajan mis padres y mi hermano. Aparco justo delante del escaparate y esta vez sí me entran ganas de comer algo de chocolate, un trozo de vienesa, mi bizcocho preferido. La tienda ha cerrado por el descanso del mediodía y todos los dependientes se han marchado, mientras que mis padres se quedan.

—¿Cómo se lo vas a decir? —me pregunta Isa antes de entrar por la puerta trasera.

—No lo sé.

El obrador todavía conserva la decoración original de los años cincuenta, aunque la mayoría de las máquinas son modernas, está dividido en dos plantas comunicadas a través de una escalera de caracol de color verde pistacho. De pequeña me encantaba deslizarme por la barandilla, como si fuera un tobogán. Los ladrillos blancos y crema cubren el ochenta por ciento de toda la superficie, mientras en el suelo recuerdan el efecto mármol. La planta de arriba es utilizada sobre

todo para la preparación de los pasteles y tartas con cremas y para la decoración. Es mi habitación preferida, me recuerda a mi infancia, cuando, en los días soleados, me sentaba en un taburete frente a la ventana y con el sol que me acariciaba la cara, escuchaba los ruidos provenientes del obrador.

En la planta de abajo es donde se hacen los productos que necesitan cocerse. Los pasteleros se reúnen alrededor de la gran mesa de madera, donde con las cabezas gachas y las manos blancas de harina, preparan las masas. Concentrados cada uno en sus tareas, intercambian comentarios divertidos. La luz natural que entra por las ventanas ilumina los uniformes blancos y me hace pensar en una extraña imagen del paraíso. Me transmite paz este lugar, aunque hoy ni eso me sirva.

Cuando entramos, mis padres están sentados en una esquina, uno frente al otro, hablando en voz baja. Levantan la mirada cuando nos ven. Isa y yo nos sorprendemos al verles así, porque nunca descansan, aunque deberían. Es muy rara esta situación y por un momento me da la sensación de que saben lo que les voy a decir.

Nos saludamos, Isa se sienta encima de la mesa, yo me sirvo un vaso de agua.

—Mamá, ¿estás bien? —pregunta Isa.

—Nos hemos sentado un momento porque le dolía la cabeza —contesta mi padre.

En ese momento oímos la puerta al abrirse, es mi hermano que ha venido a buscar a Isa para ir a nadar juntos. Lucas tiene el don de la ironía y me alegro de que esté aquí en este momento porque sabe quitarle dramatismo a cualquier situa-

ción. Le abrazo fuerte, mide más de un metro noventa y siempre le toca agacharse para responder al abrazo.

—¿Qué notas, mamá? —Isa sigue con el interrogatorio...

Veo a mi padre preocupado, está mirando a mi madre esperando a que conteste y le agarra la mano. Me produce mucha ternura verles así, pero a la vez me asusta.

—Me duele mucho la cabeza —contesta mi madre, cerrando los ojos.

Mi padre nos comenta que vomitó hace un rato, estaba hablando por teléfono con un vendedor y de repente le pasó el teléfono a Sara, la chica que trabaja en la tienda. «Estoy mareada...», dijo.

Mi padre había asistido a la escena y se había acercado a mi madre para preguntarle qué pasaba. «Estoy mareada, déjame sentarme un momento», le había contestado mamá mientras se sentaba en una silla.

Es la primera vez, desde que tengo memoria, que veo a mi madre mala, nunca ha estado enferma. Diría que, de todos, ella es la más fuerte. No recuerdo haberla visto con fiebre o con dolor de tripa, de muelas o de cabeza... Para mí representa una heroína incansable, que hace las cosas a toda velocidad y duerme la mitad que los demás. Trabaja todos los días y ha criado a cuatro hijos, de lo más latosos, por lo que nos ha contado. Mi madre es la que contesta a todas las preguntas, la que siempre está disponible por cualquier necesidad, la que me escucha en cualquier momento, la que me reconforta y, si es necesario, llora conmigo. Es la persona más sensible y fuerte a la vez; que yo sepa, no para y nunca se sienta. Como ahora.

Me doy cuenta de que la rodeamos los cuatro con cara de preocupación. Nos miramos en silencio y mi padre vuelve a preguntarle cómo se siente. Mamá levanta la mirada y contesta algo que no entendemos. No lo entendemos porque no tiene sentido. Le preguntamos otra vez lo que ha dicho pero no contesta, se levanta y a los dos pasos se pone las manos sobre las orejas y aprieta los ojos, nos repite que le duele mucho la cabeza.

—¿Vamos a urgencias? —propone Lucas.

—Mejor llamamos a una ambulancia para que vengan.

Mi hermano coge el teléfono y pide una ambulancia. Isa se me acerca y me da la mano, aparte de la preocupación, le da pena que no haya podido contar la noticia importante por la que vinimos.